

Norte versus Sur. De noticias, desengaños y entusiasmos en la defensa de la Confederación Perú-Boliviana.

Francisco Betancourt Castillo
Universidad de Chile

Introducción

Cuando se trata de analizar el fenómeno de la Confederación Perú-Boliviana en toda su complejidad, uno de los aspectos que se destaca, es la relación del proyecto del Mariscal Andrés de Santa Cruz con los intereses de las regiones peruanas. Se ha señalado en la historiografía reciente la “opinión” o disposición que, frente al desaparecido Estado, tuvieron tanto la región centro-norte (Lima y la costa norte) como la región del sur (Cuzco, Puno, Arequipa, Tacna y Arica). Cuestión que habría sido de vital importancia si consideramos el desenlace de la Confederación como un fenómeno marcado, principalmente, por la guerra interna y la agresión externa. El proyecto confederado requirió, claramente, de la lealtad y compromiso de importantes sectores de la población. Y sin duda, de los grupos políticamente visibles de aquella época. Esta lealtad y compromiso expresado con ocasión de la defensa del Estado confederado, no se dio de forma igualitaria en aquellas dos regiones mencionadas.

Teniendo en cuenta esta situación, a saber, la dimensión regional de los apoyos a la Confederación, este artículo se propone explorar algunas ventajas y dificultades que se vivieron en la preparación de la defensa frente a las fuerzas chilenas —que ya se sabía, atacarían el territorio peruano—, en un ejercicio de comparación entre las regiones norte y sur. La necesidad de esta comparación, según pensamos, no es antojadiza, pues se trata de dos “regiones históricas” del Perú, que a lo largo de la historia de la república, han representado dos polos contrapuestos. Se ha señalado incluso que la tensión y búsqueda del equilibrio entre estas dos regiones ha marcado, en gran medida, la historia política de dicha república, por lo menos durante todo el siglo XIX. En consecuencia dichas regiones mostraron una distinta disposición frente a la Confederación de Santa Cruz

Tempranamente, en su clásico ensayo donde hace una síntesis histórica de su país (*Perú, problema y posibilidad*), el connotado historiador Jorge Basadre señalaba

lo siguiente a este respecto: “Dos expediciones manda Chile al Perú para vencer a su rival: la primera *desembarca en el sur*, fracasa y Santa Cruz la deja marchar rogando a Inglaterra que garantice la paz; y la segunda, *enviada al norte* encuentra el ambiente propicio por el nacionalismo celoso que esconde el temor que el norte tiene de perder con la Confederación su predominio en la vida peruana y por la actitud infidente de las tropas peruanas nominalmente adictas a la Confederación”¹. Confirmaba además Basadre la importancia del fenómeno histórico representado por el proyecto confederado, pues las primeras décadas de vida republicana en el Perú fueron de definición – o de re-afirmación – de que constituiría el territorio del naciente Estado².

Veremos pues en la zona del norte esos problemas en la preparación de la defensa –frente a los chilenos y los emigrados peruanos–, que se deben justamente a ese “nacionalismo celoso” que mencionaba Basadre. Un sentimiento profundamente contrario a Santa Cruz. La ejemplificación a través de casos concretos, que hemos podido indagar, nos permitirá según creemos hacer más visibles dichas contradicciones, y demostrar de qué formas los ambientes eran o no “más propicios” para el eventual triunfo de los enemigos del proyecto confederado. Sobre todo en consideración que, tal como lo exponía Basadre, la diferencia en los apoyos tuvo una expresión concreta: el sur se mostró hostil a las fuerzas restauradoras³, mientras que el norte –hacia el año 1838– no solo no le puso dificultades a dichas fuerzas, sino que, como lo demostraré más adelante, albergó prematuramente planes para rebelarse en contra del Protector Santa Cruz.

Resulta interesante indagar en estas situaciones porque, a diferencia de lo que se pudiera pensar, revelan parte importantísima de la historia de la Confederación, y no solo desde un punto de vista militar. Como se ha señalado en una obra relativamente reciente, la guerra en realidad es solo la excusa para comprender los fenómenos de fondo, precisamente el aspecto “menos importante”⁴.

1 BASADRE, Jorge. *Perú: Problema y Posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú*. Lima: Librería Francesa y Casa Editorial, 1931, p. 34. El destacado es nuestro.

2 *Ibid.*, pp. 29-48.

3 ALJOVÍN DE LOSADA, Cristóbal. “La Confederación Perú-Boliviana 1836-1839: Política interna o externa”, p. 69. *Investigaciones Sociales*. V, N°8 (2001), pp. 65-79. Para una interpretación económica de estas diferencias regionales, especialmente en lo tocante a la región del sur y su apoyo al proyecto confederado, véase a Gootenberg, Paul. *Caudillos y comerciantes. La formación económica del estado peruano. 1820-1860*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 1997. Especialmente el Capítulo 2, acápite 4: “La guerra liberal de la secesión sureña”, p. 67 y ss.

4 Véase a DONOSO ROJAS, Carlos y Jaime Rosenblitt B. (ed.). *Guerra, región y nación: La Confederación Perú-Boliviana 1836-1839*. Santiago: Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Andrés Bello, 2009.

Lo que está detrás son los intereses de las sociedades regionales peruanas en dicha coyuntura. Además, como de hecho lo ha señalado Cristóbal Aljovín, en este período y especialmente en referencia a la Confederación, la política interna y externa de los países en conflicto –en este caso del Perú– muchas veces se entremezclan⁵. La disparidad y contraposición de los intereses de las dos regiones peruanas son los antecedentes que tensionaban dicha política interna, sobre todo si tenemos en cuenta las reivindicaciones de la región del sur andino, que ya tenían, al momento de instaurarse el proyecto de Confederación, una larga data. Estas reivindicaciones sureñas consistían en un regionalismo o federalismo anti centralista –sobre todo anti limeño”, así como en una tendencia al librecambismo, cuya consecuencia en los hechos, era vista de manera concreta: articular –o volver a articular– a esa región con Bolivia⁶, en especial debido a los intereses económicos presentes en el circuito comercial que conectaba ambos espacios⁷. De hecho, es conocido que el mariscal Andrés de Santa Cruz tenía como un “plan b” separar al Perú –en la eventualidad de que su proyecto mayor de Confederación no llegará a consolidarse–, integrando en definitiva la región sur (o la zona de Arica) con el altiplano⁸. Esto se debía claramente a una realidad, y esta era que el proyecto confederado mantenía su base social de apoyo en dicha región. Por su parte la región norte, con base en Lima y en Trujillo, pretendía mantener el control del aparato central del Estado peruano, así como también proteger sus intereses económicos, que se volcaban no a Bolivia sino a los mercados de Chile, además de tener una actitud “proteccionista” o “nacionalista” frente a la competencia comercial extranjera⁹.

-
- 5 ALJOVÍN DE LOSADA, “La Confederación Perú-Boliviana...”, pp. 71 y 72.
 - 6 Véase el trabajo de O’PHELAN GODOY, Scarlett. “Santa Cruz y Gamarra: El Proyecto de la Confederación y el control político del sur andino”. En Donoso y Rosenblitt, *Guerra, región y nación*, pp. 17-38.
 - 7 GOOTENBERG, *Caudillos y comerciantes*, p. 67.
 - 8 TAYLOR PARKERSON, Phillip. *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana, 1835-1839*. La Paz: Librería Editorial “Juventud”, 1984, p. 55; Ortiz Sotelo, Jorge. *Perú y Gran Bretaña: política y economía (1808-1839), a través de los informes navales británicos*. Lima: Instituto de Estudios Internacionales, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, pp. 198 y 199; Zapata Velasco, Antonio. “La política peruana y la Confederación Perú-Boliviana”. En Donoso y Rosenblitt, *Guerra, región y nación*, p. 114.
 - 9 La vinculación de algunos personajes de ese sector limeño con Chile sería importante. Como lo prueba un caso, que sería conveniente investigar en profundidad. Manuel Ferreyros, importante opositor a Santa Cruz que había estado exiliado en Ecuador y luego retornaría al Perú con Gamarra, mantenía relaciones comerciales con otro anti-confederado, el coronel chileno Victorino Garrido, quien dirigió algunas operaciones militares en contra de la Confederación. Así lo dan cuenta algunos protocolos del año 1840, cuando la guerra en contra de la Confederación había finalizado recientemente. El agente comercial en Lima, enlace entre ambos personajes, era Máximo Barra. Véase en A.N.CH., ARNAD, Archivo Notarial de Santiago, Vol. 214, fs. 310v. y 311v.

Los militares del norte.

En la primera mitad de la década de 1830, el cuadro de los vaivenes políticos y de la lucha entre distintos “partidos”, por lo general encabezados por caudillos, preparó el ambiente para la intervención boliviana a manos de Santa Cruz. Durante el primer gobierno del general Agustín Gamarra (1829-1833), tuvieron lugar al menos unos 14 levantamientos y conjuras políticas. Las luchas intestinas en el país habían estado produciendo serios daños a la economía fiscal¹⁰. Ya en 1833, en carta del 20 de marzo desde Lima, el licenciado y contador Pedro Salmón escribía al general Domingo Nieto, describiendo la situación financiera: “[...]. Crea V, mi amigo, que no fuera Ministro ni por una hora. La lista civil está insoluta desde diciembre, la militar desde febrero, la de Marina desde setiembre; y lo peor de todo debiendo la Aduana y casa de moneda cantidades inmensas. De los Departamentos no viene hasta hoy un solo peso; y ya ve V. que las entradas particulares de la capital no alcanzan para cubrir los gastos generales que gravan a toda la República.[...]”. Luego insistía en el camino a seguir. “[...] Es preciso tener un carácter firme para seguir marchando de frente contra la pobreza y la anarquía que ya asoma su horrible cabeza.[...]”. Finalmente, Salmón señalaba quién, a su entender, encabezaba a los revoltosos: “[...] y yo sólo me ceñiré a decirle que me encuentro en el estado de un verdadero ausente al contemplar que nuestro Salaverry sea el que hasta hoy aparezca al frente de un partido que siempre le oí despreciar. Repito a V. que estoy volado con semejante acontecimiento, llorando la desgracia de un joven tan apreciable como aquel.[...]”¹¹

Tras esta descripción es posible afirmar que los problemas del erario fiscal peruano –que a esa altura ya eran crónicos– tuvieron una especial incidencia en el aparato del Estado con sede en Lima, lo que lógicamente hacía que el control sobre el territorio fuera deficiente, e incidiendo fuertemente en que la defensa resultara siempre difícil por la escasez de recursos¹². Esta es una característica que seguirá presente en lo sucesivo como lo veremos, incluso en los años de la Confederación, caracterizados por el orden derivado de las dotes de Santa Cruz como buen administrador en la orientación de sus políticas. Pero en 1834 y 1835 el momento era crítico, pues se había desarrollado un vacío de poder. La Asamblea Nacional había elegido legalmente al general Luis José de Orbegoso en reemplazo del presidente

10 WU BRADING, Celia. *Generales y Diplomáticos. Gran Bretaña y el Perú 1820-1840*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1993, p. 46.

11 Biblioteca Nacional de Chile (en adelante B.N.CH.), Archivos Documentales (en adelante A.D.), Caja 31, Vol. 125, pp. 140-141.

12 BASADRE, Jorge. *La Iniciación de la República: contribución al estudio de la evolución política y social del Perú*. Tomo I. Lima: UNMSM, Fondo Editorial, 2002, p. 354.

saliente Agustín Gamarra, pese a que este había intentado imponer a una suerte de “sucesor”, Pedro Bermúdez. Por otra parte un joven general, Felipe Santiago Salaverry, había entrado en escena en 1835 desconociendo los cambios políticos, e imponiéndose mediante un golpe militar que gozó de amplio respaldo en Lima, y apoyado tácticamente también por Gamarra¹³. Por consiguiente Orbegoso, el presidente legalmente instituido, atrincherado desde la sureña ciudad de Arequipa solicitó ayuda al presidente de Bolivia, Santa Cruz¹⁴. El pasquín local *El Arequipeño* dejaba en claro, a propósito de esto, el supuesto apoyo de la opinión de esa provincia, que estaba a favor de que Santa Cruz interviniera: “[...] la intervención de Santa Cruz es una intervención pedida y deseada por nosotros mismos, el único propósito de aquel es apaciguar el Perú, librarlo de la anarquía y llenarle de gloria”¹⁵.

Una vez conocida la noticia de la declaración de guerra por parte del gobierno chileno, las autoridades confederadas comenzaron a hacer importantes preparativos. Desde un principio Santa Cruz contaba con una fuerza bastante numerosa. El ejército de la Confederación Perú-Boliviana era, con mucho, mayor que el primer ejército expedicionario chileno, además de contar con jefes principales experimentados en las anteriores luchas de “pacificación” del Perú –en la guerra en contra de Gamarra y Salaverry–, y con anterioridad en las luchas contra el dominio español. Varios de ellos eran extranjeros.

De algunos esfuerzos de preparación en la zona norte tenemos información, especialmente de la región cercana a Trujillo y Cajabamba. Espacio además muy singular debido a que, según lo que hemos señalado antes, es la región que presenta mayor resistencia a las autoridades de la Confederación junto con la opinión limeña. La ocasión nos la otorga la correspondencia¹⁶ enviada al general Domingo Nieto, quien al momento de iniciarse la guerra era comandante en el norte, y el cual mantenía comunicaciones con varios militares y personajes importantes de la políti-

13 WU BRADING, *Generales y diplomáticos*, pp. 50-51.

14 *Exposicion De los motivos que justifican la cooperacion del Gobierno de Bolivia en los negocios politicos del Peru*, en *Colección de Documentos y de sucesos notables en las campañas de la Pacificacion del Peru*. Lima: Imprenta de Eusebio Aranda, 1837, pp. 3-9.

15 Citado por O'PHELAN GODOY, “Santa Cruz y Gamarra...”, p. 36.

16 Hemos revisado sistemáticamente los cuatro volúmenes que se guardan en la Biblioteca Nacional en Santiago de Chile, y que comprenden variada correspondencia de Nieto, así como de otros personajes peruanos entre 1817-1853. Creo pertinente señalar que muchas de estas cartas no se encuentran en el volumen publicado por McEVOY, Carmen y José Luis Rénique (compiladores). *Soldados de la República. Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, Instituto Riva-Agüero, 2010, Tomo I.

ca peruana. Ya en diciembre de 1836, al conocerse la declaración de guerra del plenipotenciario chileno Mariano Egaña, desde la región norteña de Cajabamba el comandante José Clemente Peralta informaba al general Domingo Nieto:

[...] En la capital de esta Prova.[provincia] se ha celebrado una acta por las autoridades y demás vecinos notables, ofreciendo sus servicios en caso de que el Gobierno los exija para la Guerra que nos ha declarado la República de Chile, y yo la remitiré en el Correo conforme me lo han pedido¹⁷.

Peralta también informaba que “El día de San Andrés se celebró con bastante solemnidad en [me]moria del cumpleaños[s] de S.E. el Protector, y todas las ciudades a porfía manifestaron su gratitud.”¹⁸, mostrando que aparentemente el ánimo de las personas de la zona era de admiración y respeto por el “Supremo Protector” Andrés de Santa Cruz. Según lo dicho por el militar peruano, había un espontáneo sentimiento de cooperación y solidaridad con la Confederación, sobre todo en aquellas circunstancias de una guerra *Ad Portas* con Chile. Hemos de hacer notar, sin embargo, que como relataba Peralta, los servicios para financiar el esfuerzo de guerra solo lo habían ofrecido los “vecinos notables” del lugar, sin mencionarse a otra clase de personas.

Los lugareños más pobres, y significativamente los campesinos, mostraron otra disposición. A inicios de enero de 1837 el comandante de esa región, José Clemente Peralta¹⁹, escribía a Manuel Espinosa desde el pueblo de Huamachuco. Contaba a este último lo siguiente:

[...] para la recluta me constituí en Cajabamba a practicarla por mí, y dar las órdenes convenientes para la actuación de la matrícula y cobro de la construcción, tanto por la respectiva al Sor. Corcuera como a la que es de mi cargo, [...], decía a propósito del reclutamiento que le había sido ordenado, agregando además que: “[...] y además perseguir a los reos de que abunda esta prova.[provincia] regresé trayendo diez reclutas de Cajabamba pensando aquí llenar el número a que me había comprometido sólo encuentre dos casados a quienes hube que dar de baja y comenzar desde entonces a hacer la recluta por mí mismo con el empeño que acostumbre [...]”²⁰.

17 José Clemente Peralta a Domingo Nieto, Cajabamba, 3 de diciembre de 1836. En B.N.CH. A.D., caja 31, Vol. 125, p. 191.

18 Ibid

19 Peralta había desempeñado el cargo de diputado por Cajamarca en 1833. Véase en *Calendario y Guía de forasteros de Lima, para el año de 1833*. Lima: Imprenta de J. M. Masías, 1832, p. 69.

20 José Clemente Peralta a Manuel Espinosa, Huamachuco, 1 de enero de 1837. En B.N.CH., A.D., caja 31, Vol. 125, p. 205.

Peralta le señalaba además que, debido a que él desconocía una orden del general Nieto relativa al reclutamiento, el grupo de enganchados que él podía enviar iba a salir con retraso a su destino.

[...] y he podido reunir hasta hora 25 hombres destos de buena talla y ya marcharían mañana mismo si yo ignorante de la disposición del general no hubiese mandado algunos soldados a prender reos y traer reclutas que no podrán llegar hasta mañana, de modo que podrá marchar el día 3 sin falta a lo menos con 300 hombres que es a lo que aspiro [...]”²¹. Explicaba así Peralta los motivos de las dificultades con que se topaba el alto mando, ante el poco entusiasmo mostrado por las clases populares en hacerse soldados de la Confederación.

De la condición de aquella provincia se quejaba Peralta, manifestando que no era el escenario ideal para reclutar las fuerzas terrestres que se necesitaban para la presente guerra, manifestando que “No es tan fácil perseguir malhechores, hacer recluta, cobrar contribución y practicar matrícula y en una provincia que no hay absolutamente de qué valerse si no es de los soldados y del oficial pues *de los paisanos ninguno se presta a nada*, [...]”²². Claramente se estaban practicando levadas forzosas entre los lugareños de esa región, generando resistencia entre los campesinos y pobladores, pero también cierta solidaridad y ayuda frente a la tropa que pasaba reclutando a los hombres. “[...] porque lo primero que hacen es dar noticias y a los reos y a los hombres que les pueden tomar para el servicio de las armas; yo tengo presos a varios de estos y nada remedio con esto, [...]”²³, aseveraba el oficial Peralta acerca de los renuentes pobladores norperuanos. Llama la atención la continua referencia que hace el comandante acerca de los reos que abundaban en la región, lo que lleva a pensar que por aquellos lugares circulaba constantemente mucho bandidaje o bandolerismo, al margen de los poderes legales.

Peralta también aseguraba que había al menos 12 “vecinos”, o habitantes de la zona, que transitaban constantemente por el pueblo y sus alrededores y que él tenía pensado aprehenderlos para incorporarlos a la tropa que estaba formando, aunque aún no podía detener a todas estas personas. Se trataba de pequeños propietarios. Sin embargo, había logrado detener a algunos vagabundos.

“[...] he aprehender tres de ellos remito dos con Vega, y con el piquete y las escoltas iran tres o cuatro que espero y que tal vez no conseguiré ya por irse Vega y

21 Ibid.

22 Ibid.

23 Ibid.

no haber quien haga esta fatiga, [...]”²⁴, le informaba Peralta a Espinosa. Solicitaba además urgentemente el oficial desde Huamachuco:

“[...] y así déjeme todo el piquete con el oficial porque de otro modo nada hago y procure hablando con el General el que me mande lo menos cuatro carabineros pues para la persecución de los salteadores, son necesarias armas de fuego y no es posible quedarse con estos bichos aquí [...]”²⁵.

Para el oficial peruano, en sus esfuerzos por reclutar más hombres, los “malhechores” o vagabundos, así como los lugareños y paisanos del pueblo, pertenecían a una misma categoría. Queda claro al menos que el reclutamiento peruano de aquella región era, cotidianamente, forzoso y violento, y eran poco menos que marginales los casos de reclutas que se presentaban voluntarios. Peralta finalmente se quejaba ante Espinosa de los pobladores de la zona, por la poca preocupación que hasta ese momento se había puesto en la seguridad de la leva:

“[...] y así mi amigo que venga volando el piquete y el oficial que me hace notable falta y repito mil veces que con los paisanos no hago nada porque antes están reventando conmigo porque los aprieto y los tengo arrestados por pícaros”²⁶.

Describía así el militar peruano el ánimo que tenían ante la guerra los habitantes de la zona.

Desde Huamachuco, Peralta informaba nuevamente al general Domingo Nieto que se encontraba en Trujillo. El 23 de marzo le comentaba acerca de los esfuerzos que hacía por recaudar fondos y artículos para solventar la inminente guerra.

“[...] sobre que puedo asegurar a V.S. que lo que no practico es porque está fuera de la esfera de lo posible, por la suma miseria a que se hallan reducidos los contribuyentes, pues ya no hay arbitrio que baste, y habiendo tocado con el de dar a los que no tienen qué embargarles, y que se dejan estar en la cárcel, se han negado aquéllos a recibirlos, y he tenido que darles plazos porque ya no hay qué hacer con ellos”²⁷.

24 Ibid.

25 Ibid.

26 Ibid

27 José Clemente Peralta a Domingo Nieto. Huamachuco, 23 de marzo de 1837. En *Ib.*, ps. 244 y 245.

Las afirmaciones de Peralta son muy expresivas, pues indican con poco margen de duda que los habitantes de la región norteña de Cajabamba y Huamachuco ya estaban empobrecidos, y como indicaba antes, costaba mucho expropiar o sacar algo de provecho como para costear en parte el esfuerzo de la guerra. Menos aún, algo que pudiera servir para las tropas. Cuando se lograba recaudar algún dinero había problemas para su transporte, debido a la escasa tropa disponible para su vigilancia. Aparte, estaban los bandidos. Peralta al respecto informaba a Nieto, días después, que “[...] El capitán Mosqoso se halla en Cajabamba arreglando el Piquete, por esto es que no va el dinero escoltado por los soldados, y porque también son reclutas, y pueden fugar.”²⁸ Ante estas dificultades para transportar los recursos necesarios, y de pasada vigilar a los reclutas encargados del transporte, Peralta esperaba la ayuda de la Guardia Nacional de ese lugar. Se quejaba frente al general Nieto que “La Guardia Nacional y hasta ahora no se mueve porque sus jefes son muy apáticos y no quieren tomar el más pequeño interés por más que les digo, y da vergüenza que no esté en movimiento cuando lo debe estar para defender el país si llega la vez, pero yo no tengo la culpa ni está en mi arbitrio, pues bastante le he dicho a VS. a este respecto.”²⁹

La situación descrita por Peralta es interesante, pues demuestra que no había una buena coordinación entre los distintos mandos militares de esa región. Es singular el hecho de que aquellos jefes de la guardia no hayan querido tomar parte, según las palabras de Peralta, ni en “el más pequeño interés”. Y que precisamente eran aquellos de la “Guardia Nacional”, es decir, los cuerpos armados que podían manifestar un mayor apego “civil” al gobierno, como era de esperarse. Podríamos especular con esta información que la guerra no era tan popular en el norte, zona del Perú que ya hemos anotado era mucho más “nacionalista”, y en donde la federación con Bolivia tenía pocos adeptos. No había entusiasmo. Quizás porque, ya en ese momento, se sabía que la expedición chilena atacaría por el sur, y no a la costa norte. Los altos mandos militares eran casi los únicos que mantenían estable la cohesión con el aparato estatal confederado. En varias regiones del Perú crecía el descontento con el gobierno de Santa Cruz. Desde Lima el comandante Manuel Ros se refería al “[...] mal estado de la opinión con respecto al estado actual de cosas. Este espíritu de descontento subsiste siempre y crece y se generaliza con no poca rapidez”, según contaba en abril de 1837 al general Domingo Nieto. Ros agregaba que de este sentimiento peruano contrario a la Confederación “[...] Los chilenos lo esperan todo de él, y los descontentos fundan toda su confianza en Chile.”³⁰ Ciertamente entonces que había descontentos.

28 José Clemente Peralta a Domingo Nieto. Huamachuco, 17 de marzo de 1837. En *Ib.*, ps. 246 y 247.

29 *Ib.*, p. 246.

30 Manuel L. Ros a Domingo Nieto. Lima, 14 de abril de 1837. En *Ib.*, pp. 660-662.

También agregaba Ros que, pese a que los opositores ya no fundaban sus esperanzas en el Ecuador, pues allí se había impuesto Rocafuerte, en cambio,

“[...] han convertido sus espíritus hacia Buenos Aires y Chile, sin embargo de que no pueden ocultar a nadie la debilidad de ambos como enemigos, si hubiera unión en el Perú. Por otra parte, las cosas argentinas no han llegado por cierto al grado que se supuso”³¹.

En la capital peruana se recibían rumores de los preparativos de guerra que se efectuaban en Chile. Desde Lima, el 9 de febrero de 1837, el militar Manuel Ros le escribía al general Domingo Nieto, quien se encontraba en la ciudad de Trujillo, manifestándole dudas con respecto a los movimientos chilenos, pues Nieto era el segundo hombre de Orbegoso en el norte:

“[...] Ayer se han recibido las noticias de Chile hasta el 27 o 28 [de enero]. Todo lo que hasta ahora he podido averiguar, es que se hacían reclutamientos, que se había desarmado a la Libertad, que se hablaba siempre de la expedición de tres mil hombres, y que veinte refugiados peruanos se embarcaron en el bergantín chileno Napoleón. ¿A dónde se dirigirá esta cruzada? [...]”³²

Al parecer las autoridades peruanas estaban bastante informadas acerca de las acciones y movimientos que se hacían en Chile, que el gobierno de Prieto organizaba. El factor sorpresa, en este caso, no sería el mayor aliado para las fuerzas chilenas. El zarpe del transporte *Napoleón*, al cual se refería Ros en su información a Nieto, se había producido el 14 de septiembre desde Valparaíso. El *Napoleón*, junto con la goleta *Peruviana*, se iban a dirigir al puerto boliviano de Cobija, para crear allí una distracción a Santa Cruz, supuestamente con ayuda de tropas argentinas. En el *Napoleón* iba un batallón de reclutas al mando de José Tiburcio Frigolet, por lo que a este grupo se le llamó “la columna Frigolet”.³³

Casi un mes después Ros informaba al general Domingo Nieto con respecto a la adquisición, por parte de las autoridades chilenas, de la corbeta peruana *Libertad*, la cual conducía al exilio al oficial francés Leoncio Señoret, quien sublevó a la

31 Ib., p. 661.

32 Manuel L. Ros a Domingo Nieto, Lima, 8 de marzo de 1837. En Ib., pp. 683-685. subrayado en el original.

33 SOTOMAYOR VALDÉS, Ramón. *Campaña del Ejército chileno contra la Confederación Perú-Boliviana en 1837*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1896, p. 258.

tripulación y puso la embarcación a disposición de la marina chilena.³⁴ De este suceso Ros contaba lo siguiente:

“[...] Por acá no hay otras noticias de Chile, que la de que se había concluido el alistamiento de la *Libertad*, para cuyo armamento se esperaba el regreso de la *Monteagudo*, a fin de trasladarle su artillería, dejando a esta última para transporte de la expedición”³⁵.

La correspondencia de estos oficiales peruanos dirigida al comandante de la zona norperuana revela, ciertamente, un conocimiento no menor acerca de que es lo que se hacía con cada embarcación. Manuel Ros también le comentaba a Nieto en su carta que, según las noticias que le llegaban,

“[...] El descontento era cada día mayor y más fuerte en Chile. Portales no encontraba quien quisiera prestarse a servir en los tribunales especiales de terror, cuya organización ha decretado en todas las provincias”³⁶.

También contaba varios detalles de lo que iba sucediendo con las fuerzas terrestres que se estaban reuniendo en Chile. Según Ros:

“[...] Un regimiento que venía del Sur para agregarse a la fuerza expedicionaria, tuvo que retroceder a consecuencia del incremento que tomaba la irrupción araucana. Trescientos chilonos [chilotes] venidos en la Santa Cruz aumentaron la fuerza del campamento de las Tablas, que se aproximaba ya a dos mil reclutas; pero en tan mal estado de salud que se trataba de trasladarlos a otro punto”.³⁷

Impresiona un poco el nivel de detalle de lo conocido por los comandantes del Estado Nor-Peruano acerca de lo que sucedía en Chile. Los rumores que estos manejaban, aún pudiendo ser falsos, hablaban incluso de cifras y de situaciones específicas. Es probable que hubiera comunicaciones secretas con Chile. Ros tam-

34 A.N.CH., Archivo Fernández Larraín (AFL), vol. 50, pieza 43. Leoncio Señoret Montagne era un oficial de marina francés que había servido en la marina de guerra del Perú. Por razones políticas, en 1836, fue exiliado por el gobierno peruano a Centroamérica, conducido en la corbeta *Libertad*. Camino al exilio, a bordo de la corbeta, Señoret junto con el peruano Juan Manuel Uruga incitaron a la sublevación a parte importante de la tripulación, la cual cambió el rumbo hacia Valparaíso, y entregó la nave a la comandancia general de marina en diciembre de 1836. La *Libertad* serviría a las fuerzas chilenas de allí en adelante.

35 Manuel L. Ros a Domingo Nieto. Lima, 3 de abril de 1837. En B.N.CH., AD, caja 31, vol. 125, p. 684.

36 Ibid.

37 Ibid p. 685.

bién aseguraba que la expedición chilena sería en cierto tiempo, haciendo referencia además a Diego Portales:

“[...] cosa de dos, tres o de cuatro meses a más tardar. La mayoría del país y la gente pensadora la cree inverificable. Yo creo que se realizará en fin de cualquier modo, si el mayordomo no es destronado. [...]”³⁸

Su referencia a la posibilidad de que el “mayordomo” Portales fuera, o podría ser, “destronado”, nos habla también que estaba en el ambiente la tensión política interna de Chile. La situación chilena, en donde el gobierno de Prieto trataba de apretar aún más a los derrotados ex-pipiolos y opositores, así como la vigilancia a ciertos oficiales del ejército, provocaba un ambiente político que no era el ideal. Esto claramente se conocía fuera de Chile, y de eso hablaba el peruano Ros.

Días después, el 21 de abril, llegaban más informaciones acerca de la situación en Chile, traídas por el navío británico *Blonde*. De estas noticias y rumores Ros contaba al general Nieto, escribiéndole a los dos días lo siguiente:

“[...] Las noticias de Chile que se recibieron anteayer por la *Blonde*, y cuya confirmacion o correccion aguardamos pronto por un buque de guerra norteamericano, que ha debido salir de Valparaíso ayer o anteayer, están reducidas a que todos los buques llegados de Guayaquil se recorrian con actividad para que sirviesen a convoyar y transportar la expedición terrestre, cuya salida se anuncia más positivamente que nunca para todo el mes próximo de mayo”³⁹

Los peruanos creían que la expedición demoraría menos en su preparación, y la estaban esperando con expectación. Como hemos señalado antes, el nivel de detalle que se tenía de la información que llegaba de Chile es sin duda relevante, y nos hace pensar que estaban muy bien informados. Ros, desde Lima, contaba también a Nieto:

“[...] La Monteagudo había salido por tropas a Talcahuano. [...] la elección del Jral. que indudablemente es tío Blanco, y que no debiendo alejarse de la escuadra, parece calculado para dirigir una campaña anfibia, que seria sumamente costosa, difícil y aun expuesta, si la fuerza pasase de 1.500 o 2.000 hombres [...] que reunidos ya en Quillota como 1.500 hombres y habiéndose mandado por tropas a Talcahuano un buque de tanto capacidad como el Monteagudo, parece indicar ésto que viniese fuerza más considerable, [...]”⁴⁰

38 Ib., p. 684.

39 Manuel L. Ros a Domingo Nieto. Lima, 21 de abril de 1837. En Ib., pp. 672-673

40 Ib., p. 673.

Estas noticias que recibían en Lima los mandos militares peruanos no estaban, como sabemos por la situación en Chile, tan equivocadas. Ante todo, según lo informaba para esa fecha Manuel Ros, la fuerza que los peruanos esperarían sería de más o menos sobre los 2.500 hombres, refiriéndose a las tropas chilenas que se debían movilizar en tierra. Cuestión aparte sería la escuadra de Chile frente a las costas de su país. A Trujillo, donde se encontraba el general Nieto, también llegaban rumores sobre los peruanos exiliados, y ahora “restauradores”, que vendrían apoyando a las tropas chilenas. Las opiniones manifestadas por Ros matizan la disposición anti-confederada de los oficiales peruanos de la región norte –a raíz de los problemas que antes describíamos”, expresando una notable convicción por la firmeza de la causa de Santa Cruz ante la recepción de las fuerzas chilenas. Pero como sabemos, la primera expedición “restauradora” desarrolló sus acciones en el sur.

“[...] Algunos de los militares, o todos los que han perdido sus empleos por la causa de Salaverry, Gamarra, etc., y uno que otro despechado se unirán a los expedicionarios y quizás se atreverán a intentar la seducción sobre las tropas; [...], no serán ellos, ni los nombres impopulares de los emigrados que vienen de Chile, o puedan venir de otra parte, quienes logren mover al país. Este, en general desea la paz sobre todas las cosas, no ama la invasión extranjera ni profesa otro afecto que el odio y la desconfianza a Gamarra, de la Fuente, etc.”⁴¹

Sin embargo, el ánimo en la población para hacer la guerra a Chile, en nombre de la Confederación, no era apasionado. No por nada Manuel Ros se refiere a la situación un poco más adelante de las líneas que hemos anotado, explicándole al general Nieto con respecto a dicho fenómeno:

2[...] Una de las causas que han contribuido a la frialdad que se nota de algunos meses a esta parte, ha sido la ingreduidad(sic) en que la expedición se llevase a cabo. Una vez efectuada es muy posible que se convierta en ardor”⁴².

La referencia que hace Ros es expresiva de una situación que, sin duda, debió haber sido real. De no haber sido así, no se explica la alusión que hace acerca de la “frialdad” pública frente al tema de la guerra. Téngase presente, además, que el comandante Ros escribía desde la capital del país, a fines de abril de 1837, es decir, cuando ya hacía más de 4 meses se conocía la declaración de guerra por parte de Chile, y cuando ya se conocían –con gran detalle” rumores acerca de la expedición del ejército chileno.

41 Ibid.

42 Ibid.

La columna encabezada por Vigil que ayudará a cercar las tropas de Blanco Encalada, estaba compuesta de tropas limeñas y de la región de la costa norte. Pero mientras esta avanzaba hacia el sur para reunirse con los batallones bolivianos de Santa Cruz, y así atrapar a los chilenos que se encontraban en Arequipa, los mandos superiores establecidos en el norte ya planeaban el momento ideal para, en lo sucesivo, destruir a la Confederación. Así lo demuestra de hecho una carta enviada desde Lima al general Domingo Nieto –que a la sazón se encontraba justamente como comandante del norte–, escrita poco después de la firma de Paucarpata desde Lima, y suscrita por varios corresponsales que hicieron boñar sus firmas; lo que es sin duda significativo. Nieto era el hombre de confianza de Orbegoso, el presidente del Estado Nor-Peruano, por lo que este pudo haber estado enterado de todo. En ella se le informaba a Nieto que las fuerzas de Santa Cruz, principalmente bolivianas, no serían las suficientes como para vencer una proyectada rebelión del norte. Se le daba cuenta de forma detallada que el “Supremo Protector” había llegado al sur peruano –para batir [a] los chilenos– con una fuerza total de 4.320 hombres. En Bolivia había dejado con Otto Phillip Braun otros 1.800 batallones incompletos, para continuar con las operaciones en la frontera en contra de los argentinos. Según los cálculos de los remitentes, el momento para la rebelión era oportuno. Así lo manifestaban a Nieto:

Calculad ahora si podrá Santa Cruz recuperar el Norte que se le separa por ahora. Nos asisten las razones siguientes para negarlo: [...] Que no vendrá mientras haya Cuidado de Argentinos, porque sería abandonar Bolivia por el capricho de venir a pelear la Conquista del Perú. Esto lo tendría Bolivia muy a mal, porque no es lo mismo tolerar que bajase a Arequipa a expeler un ejército extranjero como el chileno, situado a las puertas y amagando a Bolivia principalmente, que alejarse hasta el Norte 700 leguas por dominar el Perú contra el gusto de Bolivia, y a costo de tanta víctima, sacrificio y tesoro boliviano [...] ⁴³.

El entusiasmo demostrado por el buen éxito frente a los chilenos y su expedición conocida de antemano, es decir, frente a la guerra exterior, no necesariamente era la expresión de una misma opinión política con respecto a la Confederación. Ante la disputa internacional, que estaba ciertamente entremezclada con la política interna⁴⁴, los actores que participaban del juego político no reaccionaron de la misma forma; particularmente los círculos políticos y militares del norte. Paralelamente a la falta de entusiasmo popular por la causa confederada en esa región, ha de agregarse la actitud espectante de los mandos militares. Siguiendo esta explicación,

43 Carta anónima de varios remitentes al general Domingo Nieto. Lima, 7 de diciembre de 1837, en B.N.CH, A.D., caja 32, vol. 127, p. 94.

44 ALJOVÍN DE LOSADA, “La Confederación Perú-Boliviana...” pp. 65-79.

no sorprende por tanto la reacción que finalmente tendría Orbegoso, poco antes del arribo del segundo Ejército Restaurador en 1838, dispuesto a romper con la Confederación de forma definitiva. Pero, aun así, dispuesto a combatir a los agresores extranjeros, como de hecho sucedió con la batalla de Portada de Guía. No eran posiciones contradictorias, ni menos frente a los intereses de los caudillos regionales.

El sur ante la Confederación

Ya hemos hecho referencia a la primera campaña militar que intentó el gobierno chileno para destruir la nueva creación política que se desarrollaba en el Perú, que, en unión a un grupo de emigrados peruanos encabezados por Antonio Gutiérrez de la Fuente, se dirigió a la zona de Arequipa. El resultado militar de dicha expedición es bastante conocido. Luego de un accidentado desembarco en la costa de Quilca e Islay, regimientos de reclutas del ejército chileno ocuparon Arequipa, la segunda ciudad en importancia del país. En poco más de un mes de ocupación el Ejército Restaurador pudo apenas moverse por la escasez de caballos –salvo acciones de pequeñas columnas de exploración–, permaneciendo encerrados en la ciudad, además de tener graves problemas para el abastecimiento alimenticio. Blanco Encalada y los emigrados peruanos que lo acompañaban –Gutiérrez de la Fuente, Felipe Pardo y Aliaga, Ramón Castilla, Manuel Ignacio de Vivanco– confiaron en una supuesta sublevación del sur frente al dominio boliviano, en especial una hipotética que se daría en Cuzco y Puno, de la que la expedición había recibido vagos rumores⁴⁵. A lo que hay que agregar que, una vez en territorio sur-peruano, no pudieron reclutar a nuevos cuerpos para engrosar las filas restauradoras⁴⁶. Esta última causa –hay otras que juzgamos menos importantes– nos remite directamente al tema de la colaboración regional, o la opinión en relación a la política contingente que motivaba la guerra internacional. ¿Qué había pasado? ¿Cómo actuaron los sur peruanos en la defensa de la Confederación, y frente a la invasión chilena?

Las autoridades sur peruanas, especialmente en el departamento “litoral” de Tacna y Arica –por donde se sabía, pasaría la escuadra enemiga–, comenzaron a prepararse para el ataque. Dicha prefectura peruana en ese momento estaba a

45 BETANCOURT CASTILLO, Francisco. “La Campaña de Arequipa y el Tratado de Paucarpata. El fracaso inicial de Chile frente a la Confederación”. En Donoso y Rosenblitt, *Guerra, región y nación*, p. 333.

46 Posteriormente se llegaría a decir que el Ejército Restaurador no pudo aumentarse siquiera “con un solo “recluta”. *Defensa del Jeneral Blanco, dictamen fiscal y sentencia de la corte marcial que confirma la absolución pronunciada por el Consejo de Guerra de oficiales jenerales sobre los cargos que se hacían a dicho jeneral por su conducta en la campaña del Perú*. Santiago: Imprenta de la Opinión, 1838, p. 12.

cargo del boliviano Francisco López de Quiroga⁴⁷. La injerencia de los bolivianos era importante y necesaria pues, para defender el puerto de Arica, el armamento sería enviado desde el altiplano, ya que los “Cuerpos Nacionales” del departamento no contaban siquiera con las lanzas⁴⁸. La actitud diligente del prefecto general también iba orientada a controlar el entusiasmo popular que generaba la causa confederada, pero que sin embargo no impedía que los casos de deserciones fueran muchos, estando a la orden del día la persecución de prófugos, el bandolerismo, y por consiguiente la preocupación por vigilar los caminos que conducían a la cordillera⁴⁹. Los lugareños pobres, como veremos, no se ajustaron tanto a una disciplina militar institucionalizada, pero sí formaron montoneras en colaboración con la tropa regular.

Desde inicios de ese año, 1837, López de Quiroga se preocupó de dar las instrucciones tendientes a enfrentar de mejor manera el ataque de los restauradores. La convocatoria y colaboración para la defensa no debió haber encontrado dificultades, pues ha de agregarse que el cabildo tacneño –Tacna era la villa cabecera del departamento– se había pronunciado mayoritariamente por constituir el Estado Sur-Peruano y unirse a la Confederación⁵⁰. La aceptación de las disposiciones de López de Quiroga así lo demuestra, y el entusiasmo quedaba comprobado pese a la falta de disciplina de la soldadesca, que era en general, de origen boliviano. A Salvador Bagarri, gobernador político y militar de Arica, comentaba sobre los ariqueños a propósito de sus esfuerzos que,

Las escelesentes(sic) disposciones, y el noble entusiasmo que los benemeritos vecinos de esa Ciudad han manifestado fomentado por V.S. con su acostumbrado tino y cordura, nos demuestran un esplendido caudal de recursos para verificar ó bien la defensa de ese Puerto hasta el punto que convenga hacerlo, [...] ⁵¹.

La población de Arica manifestó su decisión en defenderse de la invasión, pese a la carencia de recursos para ello, en una actitud muy distinta a lo observable con los lugareños de Cajabamba o Huamachuco del Estado Nor-Peruano. Las órde-

47 SOTOMAYOR VALDÉS. *Campaña del ejército*, p. 113.

48 Francisco López de Quiroga a Estevan Iglesias (comandante de caballería de cívicos). Tacna, 10 de mayo de 1837. En A.N.CH., Archivo Benjamín Vicuña Mackenna (en adelante A.V.M.), Vol. 198, f. 1v.

49 “Circular. A los Alcaldes de Campo de Pachia y Tacora y a los Gobernadores, Torata y Sama con la nota siguiente [...]”. Tacna, 30 de mayo de 1837, en lb., ff. 7-7v.; Francisco López de Quiroga a Buenaventura Zeballos. Tacna, 4 de septiembre de 1837, en lb., ff. 23v.-24.

50 ROSENBLITT, Jaime. “El comercio Tacneño y la Confederación Perú-Boliviana”. En Donoso y Rosenblitt, *Guerra, región y nación*, p. 159.

51 Francisco López de Quiroga a Salvador Bagarri. Tacna, 16 de junio de 1837. En A.N.CH., A.V.M., Vol. 198, f. 10v.

nes del gobierno Sur-Peruano se venían acatando cumplidamente desde antes, por parte del pueblo, según manifestaba el prefecto López de Quiroga, desde el tiempo del anterior comandante militar de esa plaza, Francisco de Basadre. El prefecto general le manifestaba con satisfacción a su amigo, el capitán de puerto Juan Legay, en momentos en que se recolectaban víveres y fondos para solventar la guerra que se avecinaba:

“He leído con mucha satisfacción su nota de 14 del presente que se ha verificado la revista de la matrícula de ese Puerto y que *su gente ha manifestado el mayor entusiasmo y decision*, lo que *me confirma en la opinion que habia formado* de unos Ciudadanos amantes del honor de su Patria no dudo que si se aprocsiman(sic) los enemigos sabran ellos cumplir su palabra”⁵².

Ante la proximidad de la escuadra y las fuerzas de tierra chilenas, que podrían fácilmente ocupar el puerto de Arica, las autoridades confederadas habían considerado la posibilidad de evacuar el departamento, en especial la villa costera. López de Quiroga ya lo había manifestado al gobernador de Arica, cuando señalaba que podía darse una resistencia ó “[...]una acordada retirada en los terminos que ya están estensamente detallados en las instrucciones que contiene el art. 2º. de la circular pasada à esa Comandancia [...]”.⁵³ ¿Se cumplieron efectivamente estos planes? En primer lugar, habría que contestar afirmativamente, considerando que cuando los navíos de la primera expedición arriban a Arica fueron recibidos, en un primer momento, con la resistencia de la escasa artillería con que contaban los defensores, quienes enarbolaron la bandera del Estado Sur-Peruano como lo aseguran varios testigos⁵⁴. Compañías del ejército chileno luego ocuparon el puerto, y los restauradores juzgaron que las tropas confederadas se habían dado a la fuga, como consecuencia de una derrota. Lo cierto es que, como hemos dicho, se trataba de una táctica. De allí la concentración de tropas en Tacna, y que Blanco Encalada juzgó absurdamente como signo de una posible “rebelión” en contra de Santa Cruz dirigida por López de Quiroga, con el hipotético propósito de ir a defender al congreso de Bolivia que se opondría al Supremo Protector. Todas elucubraciones a raíz de los comentarios esparcidos por dos arrieros peruanos⁵⁵.

52 Francisco López de Quiroga al capitán de puerto de Arica. Tacna, 15 de mayo de 1837, en *Ib.*, f. 2v. Las cursivas son mías.

53 Francisco López de Quiroga a Salvador Bagarri. Tacna, 16 de junio de 1837, en *Ib.*, f. 10v.

54 Dicha resistencia es corroborada tanto por Mariano del Sol, segundo oficial de la comisaría de marina de Chile, como por el británico Thomas Sutcliffe, que servía en la escolta de Blanco Encalada. Véase en A.N.CH., Fondo Varios (en adelante F.V.), Vol. 131, pieza 1, f. 8; “Diario personal del Sor. Sutcliffe”, en A.N.CH., Archivo de la Justicia Militar (en adelante A.J.M.), Vol. 35, f. 82; Francisco Betancourt, “La campaña de Arequipa...”, *op. cit.*, p. 334.

55 A.N.CH., A.J.M., Vol. 35, f. 83.

La mayoría de los vecinos también se habían ido, y los pocos habitantes que quedaron mostraron en realidad una actitud temerosa ante las fuerzas chilenas, lejos de la esperada alegría por haber sido “liberados” del yugo boliviano de Santa Cruz. El británico Thomas Sutcliffe, sargento mayor del ejército chileno, recordaba que “[...] al aproximarnos á una casa para comprar frutas los habitantes de ella echaron á correr, ocultándose en el interior, de modo que nos causó la mayor sorpresa”.⁵⁶

Los rumores que le habían llegado al almirante Blanco no podían ser confiables, si nos atenemos a lo que recordaba el general chileno José Santiago Aldunate, que iba como segundo jefe de la expedición. Ante la pregunta en relación con la eventual rebelión del departamento litoral, donde el pueblo de Tacna supuestamente estaba esperando la expedición para levantarse en contra de la Confederación, Aldunate contestaba: “[...] que respecto a la [a]dición del pueblo de Tagna *esta persuadido qe. no era favorable a nuestra Causa* ni Cuanto ala de Santa Crus que el mismo Gral. Lopes no estaba seguro de ello”⁵⁷. Esta es una afirmación que podría complejizar la respuesta ante la cuestión que nos planteamos, la del verdadero apoyo a la causa confederada. Sin embargo, hay que considerar que, como hemos mostrado antes, el mismo López de Quiroga, como prefecto general, había sido muy activo en la defensa frente a los invasores, y se había preocupado hasta de los últimos detalles. ¿Estaba pensando actuar en contra del Protector?. No hay pruebas concluyentes, por lo que no lo sabemos. Pero si seguimos el sentido de lo que declara Aldunate, testigo de los hechos y que oyó todos los rumores, la sospecha recaería exclusivamente en el militar boliviano, pero no en el “pueblo de Tagna”, el que “no era favorable a nuestra causa”.

Cuando las fuerzas restauradoras se internaron en la región cercana a Arequipa, luego del desembarco en la pequeña caleta de Quilca, se pudo observar la misma actitud de indiferencia con respecto a la causa que decían defender los chilenos, a saber, la “liberación” del Perú. Habiendo llegado los restauradores al pueblo cercano de Siguas, el británico Sutcliffe recordaba lo siguiente:

“[...] habiendo el declarante desplegado *la bandera Peruana*, nadie hizo la menor insinuacion de regosijo. Sin embargo de qe. se allaban mas de veinte peruanos de aquel lugar, y alli mismo se allaban los S.S. generales Blanco y La Fuente y los edecanos, y presenciaron qe. abiendo el declarante dados barios

56 Ibid., f. 82.

57 Declaración de José Santiago Aldunate. Santiago, 8 de febrero de 1838, en Ib., f. 39v. Las cursivas son mías.

58 Declaración del sargento mayor Thomas Sutcliffe. Santiago, 13 de febrero de 1838, en Ib., f. 78.

bibas saludando el pabellon Peruano, nadie se atrebio aseguirlos, y aun puede decir qe. manifestaron desagrado”⁵⁸.

En la “ciudad blanca”, Arequipa, la situación no sería tan distinta, para desgracia de los restauradores. Como señala Jorge Basadre, las autoridades se habían marchado junto con los cuerpos armados urbanos, también “los empleados, el obispo, los canónigos de la catedral, los vecinos de importancia habían abandonado la ciudad. Muy pocas personas de respetabilidad fueron a saludar a Blanco Encalada y a Gutiérrez de la Fuente”⁵⁹. Los artesanos también se habían marchado, junto con los pequeños mercaderes, por lo que el Ejército Restaurador no pudo abastecerse como requería. De la población que quedó, esta se comportaba de igual manera que los ariqueños.

“[...] qe. el pueblo de Arequipa no prestaba la coperacion actiba qe. necesitabamos qe. es cierto qe. manifestaron descontento y muchos se ocultaron cuando comprendieron de qe. se trataba de acer un alistamiento para la guardia Nacional”,

Recordaba el general Aldunate⁶⁰.

Esta actitud de temor, desconfianza, y finalmente falta de cooperación con la causa restauradora se transformaba, en muchos casos, en la de abierta hostilidad, mediante el uso de la fuerza. Un veterano coronel chileno, Eugenio Necochea, observó que los peruanos del sur habían estado, indudablemente, del lado de Santa Cruz. Según manifestaba al ser interrogado sobre la campaña en que había participado, lo mejor habría sido, para los chilenos, haber regresado a los barcos, desentendiéndose de los asuntos del Perú. Y agregaba:

“[...] cullos abitantes no abian querido coperar a conseguir su libertad, y si por el Contrario a sostener los intereses de Santa Cruz *segun se manifestaba por las montoneras* que en todas partes se lebantavan contra nosotros [...]”⁶¹

Esas “montoneras” –siguiendo la apreciación de Necochea– habían puesto en aprietos a las tropas restauradoras desde un principio. Los militares chilenos, testigos partícipes de la campaña, en ningún momento hablan de tropas regulares, salvo contadas excepciones. Luego del desembarco el Almirante Blanco Encalada había

59 BASADRE, *La Iniciación de la República*, Tomo II, p. 138.

60 Declaración de José Santiago Aldunate. Santiago, 13 de febrero de 1838, en A.N.CH., A.J.M., Vol. 35, f. 44v.

61 Declaración de Eugenio Necochea. Santiago, 6 de febrero de 1838, en *Ib.*, ff. 35-35v.

avanzado con un grupo de caballería, desde Quilca hasta el pueblo de Islay, que posteriormente el ejército chileno planeaba ocupar. En el camino se habían observado ya a la distancia, en los cerros, a estos grupos de alzados. De la maniobra resultaron varios caballos extraviados.

“[...] que ollo decir –decía el teniente Ángel Ramírez– que la escolta del Señor Gral. Blanco [había] encontrado algunos en la marcha que iso de Qilca Aislai; y que sabe que algunos le llebaron al Enemigo, pero qe. ignora el numero, [...]”⁶².

La división de los peruanos emigrados se puso en dirección a Arequipa, junto con una división de cazadores a caballo y lanceros de caballería. Pese a su número, estos restauradores tuvieron problemas en el camino.

La marcha de la division esta se iso muy pausada –recordaba Mariano del Sol a causa de algunas montoneras que á cada rato los tiroteaban–.⁶³ Estando las tropas chilenas ya en Arequipa, serían nuevamente robados varios caballos por los locales, pese a la guardia que los custodiaba, como lo atestiguaba el británico Sutcliffe además de Ramón Rosas, el auditor de Guerra, que fue uno de los personalmente afectados por el robo⁶⁴.

Las montoneras actuaron, además, en colaboración con la soldadesca confederada. En los días en que el ejército Restaurador no se movía, Blanco Encalada se decidió a enviar al valle de Chuquibamba –hacia el norte en la sierra, de camino al Cuzco– ciento veinte soldados montados al mando del comandante chileno José Antonio Espinoza. En este valle Espinoza y sus hombres deberían conseguir abastecimientos, idealmente también el apoyo de los campesinos para formar milicias, pero por sobre todo traer a Arequipa una cantidad importante de mulas y caballos. Sin embargo, la misión del comandante Espinoza fracasaba estrepitosamente. Internándose en el valle, Espinoza encontró una tenaz resistencia por parte del campesinado local. Más de doscientos hombres estaban en los cerros cercanos tiroteándolos, mientras en el pueblo nadie prestaba cooperación, mientras otros se preparaban también a resistir a las tropas chilenas. Espinoza optó al poco rato por retirarse. Antonio José de Irisarri, que iba en la expedición como ministro plenipotenciario del gobierno de Chile, contaba de ella irónicamente:

62 Declaración del teniente Ángel Ramírez. Santiago, 1 de febrero de 1838, en *Ibid.*, f. 28v.

63 A.N.CH., FV., Vol. 131, pieza 1, f. 13.

64 BETANCOURT, “La campaña de Arequipa...”, p. 348.

“[...] desde que el paisanaje de aquella provincia supo que iba fuerza chile à redimirlo del cautiverio Protectoral, le salió al encuentro hasta Huichara, en número de quinientos hombres armados, que tirotearon durante un día entero à los Redentores. Espinosa á pesar de este recibimiento, siguió su marcha hasta el pueblo de Chuquibamba, [...] tuvo que emprender su retirada, por temor de que se reúnera á aquel paisanaje, amigo nuestro, la Division del Jeneral Vivil, que venía del Norte; y verificó dicha retirada perseguido de los amables Chuquibambinos”⁶⁵.

El comandante Espinoza, en carta a Manuel Ignacio de Vivanco, cuenta algunos detalles de esta resistencia de los campesinos de Chuquibamba. En un principio ante el avance de los soldados chilenos la situación era promisoría. Pero cuando las tropas regulares confederadas habían fracasado, huyendo, fue el pueblo mismo el que se resistió a los soldados de la causa “restauradora”, defendiendo de paso a la Confederación:

“Pero dando de varato que pueda llevarse a Chuquibamba triunfante= no se puede sostener en el pueblo si no lo tiene de su parte, y mas que me ha sucedido es, que despues de haber formado una fuerte posicion sostenida por 200 hombres hecholos correr, no he podido tomas mas que siete prisioneros escapandose de entre las manos los mas, para irse a reunir a los cerros y mostrarse al menos en actitud hostil. [...] No había hombres en Chuquibamba por que como a una fiesta habian ido a coronar los cerros para divertirse tiroteandonos. Les habian dado aguardiente ántes de ayer y con una tenacidad increible se llevaron casi todo el día tiroteandonos de tantas piedras como tiene este terreno [...]”⁶⁶.

Como vemos, no fue solo resistencia pasiva el no querer colaborar con los restauradores, fue también una actitud hostil, con el claro sentido de perjudicar a quienes se les consideró como “invasores”. ¿Eran estas acciones únicamente producto del carácter levantisco local? o por el contrario, ¿tenían esas acciones un trasfondo “político”, pro-Confederación? Nos parece claro que sí lo tenían, y no solo de parte de los del valle serrano de Chuquibamba. También de parte de la población arequipeña, la que, al igual que la de Tacna y la de Arica, estaba con el ideal liberal de la Confederación, y por la integración regionalista, volcada hacia Bolivia⁶⁷. Tenemos, lógicamente, pruebas de esta acción política.

65 IRISARRI, Antonio José de. *Defensa de los tratados de paz de Paucaparta*. La Paz de Ayacucho: Imprenta del Colejio de Artes, 1838, p. 44, cursivas en el original.

66 José Antonio Espinoza a Manuel Ignacio de Vivanco. “Pampablanca”, 12 de noviembre de 1837, en A.N.CH., A.J.M., Vol. 35, f. 22. La misiva de Espinoza la había escrito mientras se retiraba con su columna, perseguido por los defensores de la Confederación.

67 MAQUITO COLQUE, Tania. *La sociedad arequipeña y la Confederación Peru-Boliviana 1836 – 1839*. Arequipa: Dremsur Editores, 2003. Citada por Zapata, “La política peruana...”, p. 106.

En las últimas semanas de la ocupación restauradora en Arequipa la población era más audaz en sus acciones. Comenzaron a arrancar o romper los carteles que el gobierno provisional había instalado, así como las proclamas. Sin duda parte de esta propaganda era la flamante *Gaceta del Gobierno*, el pasquín oficial del Ejército Restaurador en la ciudad peruana, impreso en prensas chilenas llevadas para la ocasión, que al parecer no fue del gusto de los locales como lo recuerdan varios testigos. Además, comenzaron a circular pasquines o folletos favorables a la Confederación⁶⁸. Los arequipeños que distribuían estos panfletos crucistas, eran por lo general, sujetos de las clases populares, por lo que es posible dejar de lado esa idea de que los partidarios de Santa Cruz en el sur fueron, exclusivamente, los vecinos notables. Estos panfletos que circulaban entre los del pueblo habrían tenido un claro contenido “nacionalista”, según creemos, y contrario a la intervención chilena y a favor del gobierno confederado. Uno de los oficiales chilenos, testigo en el juicio que posteriormente se le hace a Blanco Encalada, refiere lo siguiente sobre este asunto:

“[...] bio que al Señor Gral. Aldunate le llebaron un Cholo que andaba con una proclama(sic.), o decreto para que se separasen los peruanos, señalándosela a los soldados”⁶⁹.

El “cholo” detenido por los soldados chilenos habría estado haciendo “contra-propaganda” al frente del edificio que, en ese momento, el batallón *Colchagua* había ocupado como su cuartel. Había estado conversando con los peruanos restauradores. El peruano fue encarcelado en uno de los cuarteles que había ocupado el ejército de Chile, estando encerrado hasta dos días después de firmado el acuerdo de Paucarpata. El general José Santiago Aldunate, por otra parte, también recordaba al sujeto:

“[...] el Coronel Nicochea (sic) le remitió una bes una proclama para los peruanos, ympresa según cree en Poncsi[Pócsi] que el hombre que la tenía y a quien se le quito el dia quince *era un hombre del pueblo*”⁷⁰.

Finalmente, Aldunate reconocía que en esos meses de ocupación las fuerzas restauradoras sufrieron la hostilidad directa de la población, porque

“[...] en el pueblo de Arequipa abia alguna Sedicion para nuestros Soldados”, siendo un preocupación constante para el alto mando. “Que tanto el

68 A.N.CH., A.J.M., Vol. 35, f. 93.

69 Declaración del teniente coronel Ángel Ramírez. Santiago, 1 de febrero de 1838, en *Ib.*, fs. 29v. y 30.

70 Declaración del general José Santiago Aldunate. Santiago, 8 de febrero de 1838, en *Ib.*, f. 42.

Señor Gral. en jefe como que declara tomaron todas las providencias posibles para descubrir los agentes dela Sedicion”⁷¹.

Conclusión

La explicación del éxito o fracaso del proyecto de la Confederación Perú-Boliviana, más allá del resultado de las batallas en la guerra internacional, creemos que debe apuntar, en primer lugar, a la dinámica interna del Perú de esos años. En este sentido Jorge Basadre ya lo había señalado en varios de sus estudios, como de hecho lo hemos citado, apuntando a la realidad de las distintas regiones, y las distintas ciudades del país. En medio de los intereses diversos de cada una de las sociedades regionales—donde aparecían rivalidades geográficas que estaban latentes—estaban también las posturas de varios personajes importantes, generalmente los militares, como hemos intentado demostrar. Las acciones desarrolladas por el alto mando militar peruano, que al momento de la guerra con Chile estaba concentrado en el norte, tendía a asegurar el orden interno y a la detallada observación de los acontecimientos que se desarrollaban en el sur. A la lejanía geográfica se sumaba una distancia con respecto a la causa confederada, condicionada quizás por el escaso entusiasmo de la causa en la región, concentrada en sus propios asuntos. Estas condiciones que hemos podido describir y analizar, condicionaron que finalmente los hombres fuertes del norte y de Lima, desde bastante antes, tantearan la posibilidad de acabar con la Confederación.

En el sur, en cambio, el aparato estatal estaba pendiente de la defensa, y entre los militares había una fuerte presencia de tropas bolivianas, llegando a depender incluso del armamento que desde ese país se pudiera enviar. Los habitantes de Tacna, como los ariqueños, y sin duda la sociedad de Arequipa, se manifestaron entusiastas en la defensa, y tenaces en la resistencia anti-chilena. La causa de los restauradores, o siquiera la “nacional peruana” anti boliviana, fue recibida allí por lo menos con frialdad.

Teniendo en cuenta estas situaciones, consideramos que es relevante el ejercicio del contraste entre ambas regiones, a través de cuestiones concretas, en relación con la guerra, pero, por sobre todo, con la política. Observar en este sentido a “los peruanos en guerra”, sobre todo respecto de una agresión externa, nos lleva a visibilizar en el fondo una querrela política, a un cuestionamiento en torno al proyecto de la Confederación Perú-Boliviana. Como hemos mencionado, los aspectos netamente militares constituyen solo la superficie de los acontecimientos. En lo sucesivo deberá quedar para la historiografía el ampliar esta mirada que recién hemos expuesto, siendo cons-

cientes que el ejercicio ha sido aún parcial e incompleto. E integrarla con otros estudios referentes a las realidades regionales y la Confederación, pero en relación también con aspectos económicos, sociales, étnicos o incluso culturales.

Bibliografía.

Fuentes primarias.

Documentación de archivo.

Archivo Nacional de Chile. Archivo de la Justicia Militar (A.J.M.), volumen 35, pieza 1 (proceso al Almirante Manuel Blanco Encalada).

Archivo Nacional de Chile. Archivo Benjamín Vicuña Mackenna (A.V.M.), volumen 198 ("documentos de la república Sur-Peruana").

Archivo Nacional de Chile. Fondo Varios (F.V.), volumen 131.

Archivo Nacional de Chile. Archivo Nacional de la administración (ARNAD), Fondo Notarial de Santiago, volumen 124.

Biblioteca Nacional de Chile. Fondo Archivos Documentales (A.D.), caja 31, volumen 125; caja 32, volumen 127.

Impresas.

Calendario y Guía de forasteros de Lima, para el año de 1833. Lima: Imprenta de J. M. Masías, 1832.

Colección de Documentos y de sucesos notables en las campañas de la Pacificación del Perú. Lima: Imprenta de Eusebio Aranda, 1837.

BLANCO ENCALADA, Ventura

1838 *Defensa del Jeneral Blanco, dictamen fiscal y sentencia de la corte marcial que confirma la absolución pronunciada por el Consejo de Guerra de oficiales jenerales sobre los cargos que se hacían a dicho jeneral por su conducta en la campaña del Perú.* Santiago: Imprenta de la Opinion.

IRISARRI, Antonio José de

1838 *Defensa de los tratados de paz de Paucarpata.* La Paz de Ayacucho: Imprenta del Colejio de Artes.

Fuentes secundarias.

Libros.

BASADRE, Jorge

2002 *La Iniciación de la República: contribución al estudio de la evolución política y social del Perú*. Tomo I. Lima: UNMSM, Fondo Editorial.

1931 *Perú: Problema y Posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú*. Lima: Librería Francesa y Casa Editorial.

DONOSO ROJAS, Carlos y Jaime Rosenblitt B. (Editores)

2009 *Guerra, región y nación: La Confederación Perú-Boliviana 1836-1839*. Santiago: Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Andrés Bello.

GOOTENBERG, Paul

1997 *Caudillos y comerciantes. La formación económica del estado peruano. 1820-1860*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas".

McEVOY, Carmen y José Luis Rénique (recopiladores)

2010 *Soldados de la República. Guerra, correspondencia y memoria en el Perú (1830-1844)*. Tomo I. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, Instituto Riva-Agüero.

ORTIZ SOTELO, Jorge

2005 *Perú y Gran Bretaña: política y economía (1808-1839), a través de los informes navales británicos*. Lima: Instituto de Estudios Internacionales, Pontificia Universidad Católica del Perú.

PARKERSON, Phillip T.

1984 *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana, 1835-1839*. La Paz: Librería Editorial "Juventud".

SOTOMAYOR VALDÉS, Ramón

1896 *Campaña del Ejército chileno contra la Confederación Perú-Boliviana en 1837*. Santiago: Imprenta Cervantes.

WU BRADING, Celia

1993 *Generales y Diplomáticos. Gran Bretaña y el Perú 1820-1840*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.

Artículos.

ALJOVÍN DE LOSADA, Cristóbal

- 2001 "La Confederación Perú-Boliviana 1836-1839: Política interna o externa". En *Investigaciones Sociales*, Año V, N°8, UNMSM, IIHS, Lima, pp. 65-79.

BETANCOURT CASTILLO, Francisco

- 2009 "La Campaña de Arequipa y el Tratado de Paucarpata. El fracaso inicial de Chile frente a la Confederación". En Carlos Donoso y Jaime Rosenblitt (Editores). *Guerra, región y nación: La Confederación Perú-Boliviana 1836 1839*. Santiago: Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Andrés Bello, pp. 329-355.

O'PHELAN GODOY, Scarlett

- 2009 "Santa Cruz y Gamarra: El Proyecto de la Confederación y el control político del sur andino", en Carlos Donoso y Jaime Rosenblitt (Editores). *Guerra, región y nación: La Confederación Perú-Boliviana 1836 1839*. Santiago: Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Andrés Bello, pp. 17-38.

ROSENBLITT B., Jaime

- 2009 "El comercio tacneño y la Confederación Perú-Boliviana", p. 159, en Carlos Donoso y Jaime Rosenblitt (Editores). *Guerra, región y nación: La Confederación Perú-Boliviana 1836 1839*. Santiago: Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Andrés Bello, pp. 159-179.

ZAPATA VELASCO, Antonio

- 2009 "La política peruana y la Confederación Perú-Boliviana", en Donoso y Rosenblitt (Editores). *Guerra, región y nación: La Confederación Perú-Boliviana 1836 1839*. Santiago: Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Andrés Bello, pp. 93-116.